



Sábado Santo

Mi lugar en el silencio



Sábado Santo

Lectura del libro del Profeta Isaías (Is 53, 1-5)

¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahveh ¿a quién se le reveló? Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados.



Sábado Santo

Reflexión

Me persiguen, me acosan, se me adhieren al cuerpo como un agua viva pegajosa, causan dolor, arden en su silencio insolente.

Siento un grito ahogado en mi garganta asombrada.

Quiero salir, es un grito claustrofóbico que no soporta tanta oscuridad. Mis venas anhelantes lo succionan, mi torrente sanguíneo lo atrapa con sus lenguas de quimera ondulante.

No puede... lucha..., pero no puede salir de mi garganta aletargada.

Escucho, lejano, un rumor de olas espumosas... O es acaso la lluvia de sus párpados, tan lejanos ya, pero tan eternos en mi mente.

Siento deslizarse por mi cuerpo vacilante el terciopelo de suaves manos cariñosas, oigo el crujir de la tela que me envuelve con tiernas caricias olvidadas... casi olvidadas.

Escucho un trajinar de pasos apurados, inquietos, juguetones, que me esquivan, me persiguen, me acechan... me acompaña.

Siento el trinar melodioso de un canario, o ¿es quizá su voz, su sonrisa traviesa y cantarina?

Siento la acuosidad de esos ojos acerados. Me hundo en ellos hasta ahogarme. Me retienen esas pupilas tan celestes... que ya no sé si estoy en medio de un mar atrevido, o de un cielo cautivante...



Sábado Santo

Reflexión

Siento un tintineo constante, un murmullo que me aguijonea el alma, como si mil manos me aprisionaran y no dejaran que respirase. Me ahogo. También yo soy un grito desesperado, quiero salir de este silencio agazapado, pero no puedo, el silencio, el sonido de esta soledad es agrio, aturde pero también me mece con sus notas discordantes, inciertas, como la vida misma.

Siento el crepitar de un fuego intenso. Lo oigo, es real, no lo sueño ni imagino...

Me consume con mil chispas encendidas. Son tizones dorados, refulgentes, que me incitan con su brillo descarado, que me invitan a unirme a esa pira subyugante.

Mi grito sigue luchando por escapar de las garras de mi interior desolado. Quiere liz, quiere vida, quiere libertad.

Ya no quiero que el sonido de la soledad me inquiete, me turbe. Quiero que mi sonido sea de vida, de claridad, de esperanza.

Lucha, lucha mi grito por salir y arrastrándose por mi garganta inflamada, logra escapar de esa cárcel solitaria.

Lo logra... Ya puedo gritar... Mi llanto ya no es un grito ahogado... mi grito ha podido respirar... ha podido ver la luz, ha podido gritar... aunque me acompañen... siempre... los sonidos de la soledad.

Los sonidos de la soledad – Carmen de Grado.



Sábado Santo

Canción

Velaré contigo

Taizé



Sábado Santo

Gesto

El mundo queda en silencio tras la muerte de Jesús; las tinieblas lo cubrieron y le abandona la luz.

A los hombres y mujeres que hasta entonces le siguieron les desconcierta su muerte, crecen la angustia y el miedo; todo lo dan por perdido, mientras les hunde el dolor y lloran arrepentidos recordando su traición.

Nos ponemos en la piel de los discípulos en este día en el que sólo saben lo que ha pasado, no tienen ni idea de lo que sucederá...



Sábado Santo

Gesto

Como comentan en el camino de Emaús: “Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel, pero a todo esto ya es el tercer día desde que sucedieron estas cosas” (Lc 24,21), nos encontramos decepcionados, desilusionados, incluso frustrados.

Tenemos miedo y nos encerramos, nos perseguirán los judíos por haber seguido a aquel con creíamos el Mesías y que ha terminado muerto en una cruz, como un malhechor. “En la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando los discípulos con las puertas cerradas por miedo a los judíos” (Jn 20, 19a).

Y a ti ¿cuál es ese miedo que te frena, te ata?